

# Formalismo y contextualismo: aportaciones a la literatura comparada desde la teoría del lenguaje literario. Perspectivas necesarias para el siglo XXI\*

M<sup>a</sup> Amelia Fernández Rodríguez  
*Universidad Autónoma de Madrid*

## Resumen

Este trabajo aborda desde una perspectiva teórica las sucesivas crisis que ha sufrido la Literatura Comparada en el siglo XX y que han desembocado en el debate actual entre formalistas y contextualistas, o entre un análisis centrado en el estudio de la literatura y otro que centra la literatura en los estudios culturales. Las últimas tendencias en esta disciplina comienzan a contemplar la necesidad de basar la comparación en el texto con el correspondiente acercamiento a los presupuestos teóricos y hacia una definición renovada, desde las nuevas corrientes, de la literariedad. El fin último es el de construir una Poética Comparada.

**Palabras Clave:** Literatura Comparada / Teoría de la Literatura / Teoría del Lenguaje Literario / Poética lingüística /

---

\* Este artículo es resultado de una investigación realizada en el proyecto de I+D+I de referencia HUM2007-60295/FILO, concedido por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España.

Poética postestructuralista / Estudios Culturales.

### **Abstract**

*This work approaches from a theoretical perspective the successive crises that the Comparative Literature in the XXth century has suffered and that have ended in the current debate between formalists and contextualists, or between an analysis centred on the study of the literature and other one that centres the literature on the Cultural Studies. The last trends in this discipline begin to contemplate the need to base the comparison on the text with the corresponding approximation to the theoretical budgets and towards a definition renewed, from the new currents, of the Literariness. The last purpose is of constructing a Comparative Poetics.*

**Key words:** *Comparative literature / Literary theory / Literary Language theory / Linguistic poetics / Poststructuralist poetics / Cultural studies / Literary polysystems.*

La reflexión metodológica ha acompañado a la Literatura Comparada desde su origen. Los estudios monográficos coinciden sistemáticamente en fijar los momentos sucesivos de una crisis con la que esta disciplina parece haberse acostumbrado a convivir (Wellek, 1958; Etiemble, 1963; Marino, 1980; Ruprecht, 1986: 193; Hutcheon, 1995; Spivak 2003). Prácticamente desde el principio gravitan las dudas de Benedetto Croce sobre la naturaleza autónoma de estos estudios, en sus palabras «el método comparativo es simplemente un método de investigación y, por ello, no puede determinar los límites de un campo de estudio» (Croce, 1903: 32). Para un investigador acostumbrado como él a la comparación entre textos es comprensible esta actitud, de hecho señala la carencia principal, o mejor dicho, la obiedad principal. El objetivo permanente es situar la obra literaria en el

contexto de la literatura universal, Croce se pregunta «[...] y ¿dónde sí no podría situársela?» (Croce, 1903: 34).

Los recelos de Croce ante la nueva disciplina han sido superados por el crecimiento pujante de estos estudios. Ahora bien el problema fundamental, a nuestro juicio, sigue latente y los últimos acontecimientos han venido a agravarlo. De hecho el campo así admitido sobre el que se desarrolla la Literatura Comparada es siempre inestable y movedizo (Marino, 1980: 55). Oscila entre una especulación teórica permanente – enzarzada en el laberinto de las palabras (Levin, 1972: 77)– y la práctica comparatista, más de una vez superficial, sin una sólida base teórica, sin establecer los criterios para los elementos comparados o la propia comparación y sin extraer consecuencias de ámbito general (Morales Ladrón, 1999: 14). Y no basta con la visión romántica que considera esta inestabilidad como la necesaria «mezcla de imaginación y de observación, de objetividad y subjetividad, de arte y de ciencia» (Remak, 1980: 127). Jonatan Culler, con su ironía habitual, refiere una antigua broma extendida entre los comparatistas, «Si su especialidad es la Literatura Comparada; ¿con qué la compara? La respuesta sería: ‘con cualquier cosa’» (Culler, 1979: 116).

La crisis se agrava si se observa de cerca las muy diferentes concepciones que sobre el material, el concepto de literatura, la metodología y la meta de la investigación han elaborado históricamente los principales comparatistas (Schmeling, 1981: 6-10). Y sobre todo el riesgo inherente a esta falta de definición «alfa y omega» de toda introducción (Weisstain, 1975: 27), o al menos a esta falta de seguridad, es la extraordinaria permeabilidad de los postulados comparatistas a cualquier cambio en la Teoría Literaria de cada momento, una permeabilidad que no se traduce en una riqueza de nuevos enfoques sino en un replanteamiento total de la propia disciplina.

El enfrentamiento teórico de dos escuelas de signo, formación y objetivos muy distintos (Marino, 1980: 60-61), la escuela francesa y la escuela americana, es el comienzo aceptado de la crisis. La conferencia que en 1958 R. Wellek presentó en el Congreso de la International Comparative Literature Association / L'Association Internationale de Littérature Comparée (ICLA/AILC) se reconoce como uno de los hitos y de los signos de cambio en la evolución de la Literatura Comparada como disciplina diferenciada. Supone además una mirada crítica desde Estados Unidos, una mirada con un claro ímpetu fundacional encabezado por el propio Wellek al frente del Departamento de Literatura Comparada en Yale (Rees, 1953: 3).

La autoridad de Wellek en estas y otras materias (Lawall, 1988: 9), su rotundidad sobre todo, conmovió los presupuestos anteriores y señaló a la vez nuevas vías de desarrollo para esta disciplina (Remak, 1980: 125). El carácter combativo de la declaración de Wellek en el foro más importante –en una Asociación de origen europeo fundada en la Universidad de Oxford cuatro años antes– no deja lugar a dudas desde el mismo principio. Para Wellek el primer síntoma grave de la precariedad en Estados Unidos es carecer de un objeto diferenciado y de una metodología específica (Wellek, 1958: 79).

La solución sin embargo no está al otro lado del Atlántico. El ataque en el mismo párrafo se dirige también a los representantes principales de la escuela francesa, la metodología está anticuada, lastrada por «el peso inerte del factualismo decimonónico, del cientifismo y del relativismo histórico» (Wellek, 1958: 79), una afirmación mucho más tajante que la que había formulado diez años antes en referencia a un estudio a veces demasiado mecánico (Wellek, 1948: 59). La objeción principal al método es el de la aplicación ciega de una reducción aritmética que limita el ámbito de la Literatura Comparada a las

relaciones establecidas entre las literaturas de dos países. Este esfuerzo baldío cristaliza en el diseño de un intrincado laberinto, en el que se cruzan fuentes, influencias, casualidades, sin preguntarse, para Wellek lo más importante, lo que demuestran tales relaciones.

La propuesta final de Wellek depende de su propia concepción de la obra literaria. Mirando al otro lado, mirando a Europa, pagando el precio del «desarraigo y del exilio espiritual» en sus palabras (Wellek, 1958: 87) es posible lograr una cierta objetividad. Las concepciones anteriores de Wellek sobre elementos internos y externos —crítica interna y externa— expuestas en la obra escrita en colaboración con Austin Warren, *Teoría literaria* en 1948 (1969<sup>4</sup>), cobran un valor renovado al ser la propuesta central del objeto y método de sus estudios. Giran en torno a la literariedad, pero no en el sentido acuñado por el formalismo ruso, sino como la necesaria búsqueda de la esencia literaria, en íntima dependencia con la naturaleza humana de forma que se acoten los estudios comparatistas y no se conviertan en lo que amenazaban convertirse, un estudio confuso y anárquico de la historia de las ideas.

La invocación a la literariedad se resuelve en la invitación final, no apasionada aunque intensa (Wellek, 1958: 87), de dilucidar la naturaleza del arte y su victoria sobre la mortalidad y el destino humano. La influencia del Círculo de Praga, del que fue alumno en su juventud, y su admiración hacia J. Mukarovsky están detrás de la concepción de la obra literaria como una estructura relacionada con fuerzas históricas pero poseedora de un significado estético primordial que puede ser sistematizado (Lawall, 1988: 4).

La conferencia fue muy pronto considerada internacionalmente como el manifiesto de la «American school» y el signo obvio, tras la Segunda Guerra Mundial, de que los tiempos habían cambiado y la distancia entre los dos

continentes se había ahondado también. El escrito de Wellesk formado en la más prestigiosa escuela europea miraba ya con una distancia insalvable hacia el viejo continente y hacia sus viejos métodos, algo que visto en la distancia de más de cuarenta años y en la *Response* al trabajo monográfico de Sarah Lawall, es considerado un verdadero patrimonio intelectual y personal, hasta el punto de que la polémica americana y francesa sugerida y desatada desde su conferencia es, en su opinión, el fruto primero de sus propias paradojas personales (Wellesk, 1988: 25).

Desde la atalaya de su propia carrera, la opinión de Wellesk permite fijar bien los términos de la polémica, incluso el espíritu conciliador en el fondo que dicta la conferencia, al fin y al cabo tiene algo de nuevo camino sin olvidar la herencia pasada. Ahora bien en su momento tuvo la capacidad no sólo de convertirse en una llamada de atención fundacional para los propios estudios norteamericanos, también suscitó una viva polémica que permitió fijar aún más las diferencias pero también suscitar un debate teórico profundo que aún permanece (Lawall, 1988: 11-14).

La diferencia básica entre estas dos escuelas, entre estas dos «horas» según prefiere Claudio Guillén, radica en la forma de abordar los estudios comparatistas. Para la escuela francesa el objetivo básico ha sido y es establecer relaciones justificadas entre los textos y orientar sus análisis hacia el dominio de la historia literaria (Brunel, *et al.*, 1983: 28). En este sentido siempre se trae a colación la demasiado restrictiva definición de lo que para Paul Van Thiegem es la Literatura Comparada o

[...] étudie des rapports binaires, entre deux éléments seulement; que ces éléments soient des ouvrages, des écrivains, des groupes d'œuvres ou d'hommes, des littératures entières; que ces rapports concernent la substance ou la forme de l'œuvre d'art. (Van Thiegem, 1931: 174)

La escuela norteamericana tiende a establecer principios que desborden la noción de texto, como tejido lingüístico y cultural, incorporando un marco de estudio mucho más dinámico y profundamente ideológico. Opera desde una ausencia, así sentida, de límites (Morales, 1999: 60-76). O en otras palabras, aceptando la propuesta de Itamar Even-Zohar, extraída de sus consideraciones sobre la cultura (Even-Zohar, 1997) y proyectada al ámbito literario, en este caso, al ámbito de la Teoría Literaria, la escuela francesa –término amplio ya y no reducible a su ámbito nacional– atiende a los textos literarios como «bienes» frente a la escuela norteamericana que parece considerarlos como «herramientas».

Las diferencias no se quedan sólo en la atención central sino en toda una estela de consecuencias que desbordan planteamientos de filiación histórica y geográfica. En el fondo la divergencia explica dos movimientos que tensan siempre la cuerda sin romperla. Por un lado, la justificación teórica francesa se basa en la necesidad de establecer unos límites teóricos, en términos actuales, un verdadero protocolo de actuación y análisis enfocado hacia los textos. La escuela americana, sin embargo, recorre el camino inverso, atiende a la complejidad no sólo de las obras literarias sino de los contextos estáticos y dinámicos en los que estas obras se incardinan. Lo cierto es que esa cuerda tensada y nunca rota mantiene en la misma raíz de estos estudios su justificación teórica y práctica, la discusión y el debate de posturas.

Las principales consecuencias de la inestabilidad se revelan positivas si tenemos en cuenta la preocupación permanente por fijar métodos y objetivos, por cuestionarse las fronteras del análisis. Esta condición hace que la Literatura Comparada sea un campo de estudio sensible siempre a las nuevas tendencias en la Teoría Literaria y a los propios cambios culturales, sociales, políticos y económicos en el ámbito ya no

europeo sino mundial. Las nuevas direcciones que ha adoptado la Literatura Comparada están en íntima dependencia con los profundos cambios que a partir de los años 80 ha experimentado la Teoría Literaria bajo el signo del Postestructuralismo (Fokkema, 1982: 163; Carbonell, 1998: 137) pero es un ejemplo más de la extraordinaria permeabilidad de los estudios comparatistas.

Como suele ocurrir en casos de inestabilidad teórica surgen individualidades que resuelven a través del ejercicio la licitud del método. Al fin y al cabo como proponía Etiemble, miembro controvertido de la escuela francesa (Marino, 1982), es el análisis del texto el que revela la metodología, el que justifica el propio análisis, siempre guiado por su «enérgica afirmación de un espíritu» (Guillén, 1985: 115). La pretensión última es la de no enredarse en una estéril discusión teórica, casi metafísica, y atender a la condición física de los textos. Claudio Guillén demuestra bien a las claras también la delicada mixtura entre la teoría y la práctica comparatistas.

La historia de la Literatura Comparada demuestra que lleva en su seno, de forma inherente, no sólo una forma de concebir la literatura, fuera de los límites nacionales, sino una forma completa de concebir el hecho literario, profundamente imbricado en una forma de concebir el mundo, la sociedad y el propio ser humano. La oscilación permanente se equilibra entre lo local y lo universal, según Claudio Guillén, con toda la constelación de términos que pueden extraerse de esta primera distinción y que el propio Guillén aclara «entre la circunstancia y el mundo (los mundos); entre lo presente y lo ausente; la experiencia y su sentido; el yo y cuánto le es ajeno» en definitiva *entre lo uno y lo diverso*, título del trabajo que durante años ha sido y es la referencia primera de una sólida base teórica conjugada con un no menos sólido conocimiento de los textos y de la tradición literaria y no literaria en la que se inscriben (Guillén, 1985: 16)

La pregunta subyacente es siempre cuál es el objeto de estudio de la Literatura Comparada, no tanto cómo ha de estudiarse o, en el fondo, defenderse. Esta pregunta fundamental oculta otra en su origen, cuál es el lugar que deben ocupar académica e institucionalmente los estudios comparatistas. Desde un principio eurocentrista, elitista, de análisis de los textos literarios, hasta la fecha, donde entran todo tipo de acercamientos puede verse la alternancia entre dos ejes de atención, por un lado el de la consistencia teórica de la propia Literatura Comparada anclando su atención exclusivamente en las relaciones literarias establecidas entre los textos. El segundo eje es aquel que vertebra un acercamiento basado en las implicaciones ideológicas, atentas tanto a la globalización como al nacionalismo, dos fenómenos de «centro-periferia» mutuamente relacionados y que en una segunda dimensión puede entenderse como la confrontación entre Oriente y Occidente (Morales, 1999: 80-94).

Puede parecer en un primer momento que estos dos ejes vienen determinados por el devenir de los tiempos, incluso que uno va antes que otro, esto no es así, muy al contrario. El propio nacimiento de la Literatura Comparada está unido indisolublemente a una concepción del mundo, no podía ser de otra manera. Así en la vocación del siglo XIX, en el comparatismo, incluso en el deseo compartido –a la vez que angustioso– de unos Estados Unidos de Europa, la Literatura Comparada nació como una forma de distinguir la literatura nacional, impulso éste también romántico, frente a otras literaturas. Algo que no es ni mucho menos nuevo, las invocaciones tempranas a la antigüedad grecolatina o a periodos esplendorosos como el renacentista, respiran detrás de las justificaciones de la nueva disciplina. Ahora bien y yendo más allá, en ningún momento se planteó la licitud o no de comparar, sencillamente y en un momento titubeante de identificación nacional, de establecimiento de fronteras no sólo territoriales,

también lingüísticas y culturales, lo que presidió aquellos principios comparatistas, o paleocomparatistas, fue el de seguir y revivir la tradición marcando, en todo momento, la diferencia e incluso la superioridad de manera muy semejante a lo que ocurrió con la Lingüística comparada.

Los tres informes de The American Comparative Literature Association (ACLA) encomendados a autoridades en la materia de la talla de Harry Levin, Thomas Greene y Charles Bernheimer ofrecen detalles reveladores de la evolución académica y profesional de la Literatura Comparada durante el siglo XX no sólo en Estados Unidos sino en lo que se ha dado en llamar «el espacio comparatista». Los tres muestran etapas nítidas de nacimiento, desarrollo y perspectivas futuras que han sido confirmadas por el tiempo.

El primero de los informes, *The Levin Report* de 1965, confiado a Harry Levin, aspira a trazar la presencia académica de los estudios comparatistas en las universidades de Estados Unidos. La idea básica es que un comité interdepartamental regule la amplitud, así sentida, de los estudios y avanza la sugerencia de que se incluya una larga lista de campos anexos, en primer lugar la Lingüística pero también el Arte en general, la Música, la Historia, la Filosofía y «posiblemente» la Psicología, la Sociología y la Antropología. A pesar de la amplitud sugerida la perspectiva que domina es la del anclaje último en los principios establecidos por la escuela francesa, sugiriendo incluso que los textos no sean abordados en la lengua original.

El segundo informe –*The Greene Report*– es redactado diez años después y entregado a la Asociación en septiembre de 1975. Registra, como no podía ser menos, el rápido crecimiento de la disciplina y sugiere, a su vez, las directrices que parecen estar conformándose no sólo en los estudios literarios sino en el orden mundial: «A new vision of global literature is emerging, embracing all the verbal creativity during the history of our

planet, a vision which will soon begin to make our comfortable European perspectives parochial» (Greene, 1975).

Ahora bien, la respuesta a esta demanda de cambio es refrenada por la cautela ante el interés creciente por las literaturas «no europeas». La propuesta final es la de acomodar ese interés a las propias tradiciones. Podemos hablar de una verdadera transformación a la vista del tercer informe –*The Bernheimer Report*, de 1993– con un título significativo *Comparative Literature at the Turn of the Century* y con una frase final de no menor calado, «We feel that Comparative Literature is at a critical juncture in its history» (Bernheimer, 1993).

El texto sin duda responde a las expectativas levantadas al principio y confirmadas al final. Es mucho más extenso que los otros dos y de forma mucho más intensa que el segundo valora críticamente las aportaciones anteriores. El panorama trazado por el equipo que dirige Bernheimer es una escucha atenta a las corrientes que se agitan y que en nuestros días poseen ya plena vigencia. Lo que en el informe de Greene era una mirada tímida y prudente es ya un claro indicio de eurocentrismo imposible de mantener no sólo por los cambios en el panorama internacional sino por la propia actividad comparatista. El «space of comparison» es un espacio sin límites, o en palabras de Bernheimer:

The space of comparison today involves comparisons between artistic productions usually studied by different disciplines; between various cultural constructions of those disciplines; between Western cultural traditions, both high and popular, and those of non-Western cultures; between the pre-and post-contact cultural productions of colonized peoples; between gender constructions defined as feminine and those defined as masculine, or between sexual orientations defined as straight and those defined as gay; between racial and ethnic modes of signifying; between hermeneutic articulations of meaning and materialist

analyses of its modes of production and circulation; and much more (Bernheimer, 1993).

Ese «much more» que cierra la cita da cuenta no ya de la dispersión teórica y metodológica, da cuenta, en todo caso, de una ambición legítima por reflejar en el objeto de estudio los cambios operados, no sólo en las propias tendencias de la Teoría y de la Crítica literarias también en el propio contexto cultural, político, social e ideológico cuya atención está en la base de la propia disciplina. Un signo que se considera un síntoma del cambio y que a estas alturas es ya una evidencia es la discusión en varios campus sobre la propia denominación de la disciplina con las sugerencias de añadir a *Comparative Literature*, «and Cultural Studies», «and Cultural Critique» o «and Cultural Theory».

La entrada de la Literatura Comparada en este nuevo espacio desdibuja incluso la noción de texto literario como catalizador de la investigación, proponiendo en suma la creación de unos «estudios culturales comparativos» en los que se integre el sistema literario, algo que queda sintetizado en el artículo que el máximo valedor de esta propuesta Steven Tötösy propone bajo este título *From Comparative Literature Today Toward Comparative Cultural Studies* (Tötösy, 1999).

La preocupación por las fronteras inestables entre la Literatura Comparada y los Estudios Culturales alienta las propuestas principales que se desprenden de la antología de trabajos y textos editada por el propio Bernheimer en 1995 y que surgieron como contestación, matización y crítica del informe propuesto (Fokkema, 1996: 225-226). De esta antología de estudios se desprenden al menos dos tendencias enfrentadas aunque complementarias: por un lado la de confrontar el eurocentrismo histórico que ha exhibido la tradición comparatista con la realidad multicultural del presente y el enfrentamiento entre «formalistas» y «contextualistas», o

entre Estudios Literarios y Estudios Culturales (Hutcheon, 1995: 300).

La segunda sugerencia que se ha confirmado con el tiempo es el de incluir una atención preferente a la Traductología –Translation Studies o Übersetzungswissenschaft– en el ámbito de la Literatura Comparada (Guglielmi, 1999: 291-292). En opinión de Bernheimer deben ampliarse las fronteras establecidas en el primer informe, tímidamente borradas en el segundo. La lectura en la lengua original y la atención a los modos de la traducción no sólo entre lenguas, sino entre diferentes culturas debe ocupar un lugar básico en la actividad comparatista porque en el fondo constituye su razón de ser (Bernheimer, 1993).

La orientación hacia los estudios de traducción desde una perspectiva preferentemente sistémica y hacia la indagación postcolonial son las dos nuevas tendencias que en 1993 ya había propuesto Susan Bassnett en su influyente manual *Comparative Literature* (Bassnett, 1993). El impacto de la discusión y elaboración del Canon, la irrupción de los medios de comunicación de masas en escena, las nuevas creaciones en Internet, son algunos de los fenómenos que como avance del estudio y como confirmación de los trabajos realizados se recogen a vuela pluma en esta última entrega de indudable impacto en el Congreso que un año después, en 1994, convocó la *Modern Language Association* en San Diego (Komar, 1995: 289). No es extraño que ante el panorama expuesto sientan los autores que es necesaria una nueva redefinición de la disciplina que miren con optimismo los amplios y ambiciosos horizontes que pondrán los estudios comparatistas en la vanguardia de la investigación no sólo literaria, también cultural (Komar, 1995).

Lo primero que desborda en estas afirmaciones es una nueva definición de la propia literatura, del propio texto literario. Hemos pasado de la noción de «conjunto de textos» a la de «conjunto de procesos institucionales e históricos»

(Carbonell, 1998) algo que ya había adelantado el propio Wellek al reclamar la necesaria combinación de factores intrínsecos y factores extrínsecos para adoptar un punto de vista «holístico» (Wellek, 1958: 87) pero siempre con la prioridad de que el texto literario, en su complejidad y en su noción heredada del Círculo de Praga de valor intrínseco, sea el objeto de estudio básico y no el objeto en el que comprobar las conclusiones de otras disciplinas que aportan además diferentes sistemas de valores (Lawall, 1988: 5).

Reflejo de la inquietud ante el desbordamiento de la disciplina es la de reclamar la condición en último término literaria sobre el campo de la traducción (Damrosch, 2003). La relación entre Traducción y Literatura Comparada ha sido tormentosa prácticamente desde su inicio o desde la primera generación romántica, profundamente cosmopolita frente a la segunda generación poseída por el nacionalismo (Lefevere, 1995: 1). Lo que no explica, ni mucho menos, la resistencia actual de algunos comparatistas por no asumir la traducción como una parte importante de su trabajo, una resistencia que en opinión de A. Lefevere refleja los peores instintos del eurocentismo, sobre todo en su dimensión de conservar un legado y su culto a la palabra y a la palabra escrita y no trasladada, «traicionada», en otro idioma (Lefevere, 1995: 2).

La Estética de la Recepción ha aportado uno de los mayores cambios de perspectiva en la Teoría Literaria, al acoger al lector como constructor también del significado de una obra literaria, lo que ha confluído casi naturalmente en la recepción «cultural» de los textos (Remak, 1980: 138). Desde esta perspectiva el traductor ha cobrado una renovada importancia como mediador entre el lector y el autor de otra lengua sobre todo por la confluencia de los estudios culturales de manera que la traducción no queda reducida a preguntas del tipo cómo traduce o en qué medida traiciona, sino ¿por qué? ¿quién traduce? ¿a qué cultura pertenece? ¿cómo lo hace? ¿qué

estrategia sigue? ¿qué textos se traducen en qué idioma, por qué y para quién? (Lefevere, 1995: 6), factores que aclaran siempre la dimensión lingüística y en última instancia literaria.

La traducción deja de ser una producción secundaria para convertirse en una verdadera opción ideológica y para construir desde la alteridad la propia identidad de la cultura receptora (Guglielmi, 1999: 294) lo que desde la perspectiva de la Teoría de Polisistemas ha cobrado vigor renovado y amplitud al integrarse en uno de los posibles «canales de interferencia» entre sistemas (Even-Zohar, 1990b: 57).

De forma convergente la insistencia en centrar el objeto de estudio, el análisis de los textos frente a una siempre difusa idea de «cultura», provee una corriente paralela y complementaria. Desde los primeros esfuerzos de Paul Van Thiegem, desde el «comparatismo de las cátedras» (Vega, 1998: 43-62) fijando casi aritméticamente las condiciones previas de la comparación entre textos, desde un esquema lineal, hemos llegado a un esquema multidimensional que procura un prisma amplio de análisis. Los comparatistas siguen reclamando en su mayoría que sea el texto el que fije los límites y centre el estudio.

Es una tarea difícil que ha encontrado, no obstante, un marco teórico que está revelando su utilidad. Nos referimos a las llamadas Teorías Sistémicas, entre las que destaca la llamada teoría del «Polisistema» establecida por Even-Zohar quien no oculta su deuda con una larga y prestigiosa tradición que arranca del formalismo y desemboca en el poderoso pensamiento de I. Lotman y que, desde luego, no olvida las sugerencias que J. Mukarovsky dedicó en 1936 a la función, a la norma y al valor estéticos como hechos sociales en una reformulación del principio formalista de *dominante* (Mukarovsky, 1936: 127-128). Lo que diferencia al polisistema de la estructura es su condición dinámica frente al rígido binarismo de sincronía y diacronía, además de la aplicación

novedosa al menos en este campo de la teoría del caos para desembocar en un caos ordenado (Even-Zohar, 1990a). El polisistema permite un marco teórico que aúna los campos estrictamente literarios, de lenguaje literario, junto a los factores ideológicos (Iglesias, 1994: 310) inherentes sin duda al ejercicio de la Literatura Comparada, hemos de decir, que también tal y como revela el mundo actual, de cualquier ejercicio investigador en lo que ya llamamos la literatura no comparada.

La aplicación de las teorías de corte sistémico ha sido valorada como un verdadero cambio de paradigma. En el seno de la propia teoría están las razones para esta asimilación además de la ya apuntada. Por un lado lo que propone Even-Zohar es el estudio de las relaciones y no de los objetos, instalando así la investigación en una dinámica que no se estanque en la búsqueda esencialista de principios sino que aborde la complejidad relacional para desde ahí establecer una posible tipología.

Desde este punto de vista la Literatura Comparada aborda, por propia naturaleza, un enfoque no ya sistémico sino polisistémico y sobre todo acoge lo que además de teoría se convierte en una verdadera metodología de trabajo. La segunda contribución de la Teoría del Polisistema es su relación inmediata con la Teoría del lenguaje literario al asumir como punto de partida los elementos que Roman Jakobson fijó para las funciones comunicativas, entendidas por Even-Zohar como verdaderas relaciones plenas de sentido, como un «esquema del sistema literario» (Even-Zohar, 1990a: 31). Los cambios de nombre implican también un cambio de concepción y sobre todo la adopción de un marco de trabajo distintos, en definitiva una nueva metodología.

La propuesta de Even-Zohar así como de las otras teorías bajo la denominación de «Teorías Sistémicas» permiten, sobre todo, ordenar el trabajo y ante todo ofrecer una metodología que integre los resultados de la investigación (Fokkema, 1982:

168) y que tome sobre todo como punto de partida el texto literario sin olvidar su profunda implicación con fenómenos extraliterarios, como una forma en definitiva de superar el ahora temido «textocentrismo» (Iglesias, 1994: 312). Dibujan, en definitiva, itinerarios más o menos cómodos para el trabajo comparatista evitando el modelo, siempre reductor, de ascendente e influencia. En definitiva lo que se ha visto con la incorporación de las Teorías Sistémicas es la sustitución de un paradigma antiguo basado en una teoría atomística por el nuevo paradigma basado en una teoría estructuralista (Swiggers, 1982: 147).

Ahora bien el aclamado «cambio de paradigma» puede ser equívoco por cuanto alude directamente a la estructura de las revoluciones científicas propuesta por Thomas Kuhn, una teoría ajustada a las ciencias empíricas donde las revoluciones se miden por la aparición de una teoría que no sólo explica fenómenos que las anteriores no explicaban sino que se ve en último término refrendada por la experiencia (Laurette, 1986: 133). Hablar entonces de un cambio de paradigma definitivo, de una teoría que invalida todo lo anterior, es hablar en términos de rendimiento pero nunca de constatación empírica, es tanto como construir una «quimera» (Gillespie, 1992: 175). Siguiendo el ajustado análisis que realiza en 1986 Pierre Laurette es un síntoma más de que la disciplina se halla en una verdadera encrucijada al reavivar el discurso crítico y al buscar, además, soluciones totalizadoras en la idea al menos de seguir avanzando y zanjando lo anterior (Laurette, 1986: 121).

Sin apenas haber rendido sus frutos la teoría polisistémica de Even-Zohar, saludada como el cambio de paradigma ambicionado, parece haber perdido parte de su atracción para ser sustituida por otros marcos sistémicos con los que desde el mismo principio y explícitamente está relacionada y que están más claramente cercanos a los estudios culturales (Codde, 2003).

El principal signo de crisis es que estas teorías aparecen en una constelación asimétrica, o en otras palabras, que no están íntimamente conectadas porque no se incardinan en la resolución de un problema o en el diseño de una línea de investigación global. Estamos, sin duda, en el momento previsto por Etiemble quien al abordar las necesidades de un «comparatismo planetario» preveía la necesidad –una vez aclarado el significado de las palabras comunes a la tribu– de estudiar detenidamente los métodos de estudios posibles (Etiemble, 1988). De nuevo la Literatura Comparada entra en conflicto con lo que desea absorber, su propia descripción de lo que se entiende por globalidad, y de nuevo el espacio se entrecruza con la definición de literatura nacional o incluso continental en su ambición de establecer una disciplina «no racista»: «We must take the languages of the Southern hemisphere as active cultural media rather than as objects of cultural study by the sanctioned ignorance of the metropolitan migrant» (Spivak, 2003: 9).

Las propuestas de Spivak han sido consideradas polémicas en la medida en la que cuestionan desde dentro la definición de una literatura universal y no tanto del método que ha de seguirse para universalizar su estudio. Buena prueba de esta conmoción es la colección de estudios editados por Haun Saussy que bajo el título *Comparative Literature in an Age of Globalization* pretenden ser un informe del estado de la disciplina en 2004 si bien fue publicado en 2006. Los diecinueve estudios que componen este libro son una buena muestra de un nuevo giro en el seno de la Literatura Comparada atenta de nuevo no tanto al objeto de estudio sino a la definición del objeto de estudio, ya no en términos literarios sino en términos mundiales, globales o planetarios.

Es preocupante, en todo caso y aplicando el principio de *centro y periferia*, propio de la Teoría de Polisistemas, que la discusión teórica haya terminado por ocupar el centro de la

actividad comparatista. Podemos decir que el centro se ha convertido en un verdadero eje que gira frenético (Mitchell, 1996: 321). Del modelo dual hemos pasado a un modelo poliédrico que aun así oculta dos tendencias antiguas, aquella que se centra en la vertiente literaria, en último término lingüística, la que se fija en la literariedad y que discurre por los caminos de la extensión a la Traductología y al Polisistema o en definitiva al sistema literario.

Por otra parte está la otra tendencia, la que deriva hacia una concepción «externa» de la literatura y tiende hacia la conexión con los Estudios Culturales y Postcoloniales, en concreto. Ahora bien, la esclerotización del sistema teórico o en todo caso, la preocupación permanente por fijar los límites contrasta, sin embargo, con el vitalismo de la periferia (Romero, 1998) que podemos entender como la actividad práctica, el análisis concreto de los textos.

Las relaciones entre centro y periferia son saludables, sobre todo si desde el análisis de los textos se enriquece el centro teórico, es lo que ha ocurrido, por ejemplo, con los estudios postcoloniales y en concreto en la indagación sobre la propia identidad desde el impacto de la publicación de *Orientalism* de E. Said (Brennan, 2000), sobre la naturaleza del Otro o de la Otra literatura (Guifford, 1999; Damrosch, 2003) vinculados siempre, aunque se olvide, a la imagología, corriente clásica de los estudios comparatistas (Moll, 1999: 373) y con un renovado enfoque sistémico (Tötösy, 1995).

También han llegado reflexiones muy valiosas desde los profundos postulados de la Teoría Literaria Feminista, sobre todo, en la nueva perspectiva en lo que a la cuestión de la búsqueda de identidad y del Canon se refiere (Gajeri, 1999: 459-476) o los derivados de la Estética de la Recepción, con atención especial a la «recepción productiva» que la traducción supone (Moog-Grünwald, 1981: 85) y de la propia formación y discusión del canon en el marco de la multiculturalidad,

entendida no sólo en términos de globalización sino adensada en la propia identidad de una comunidad nacional (Mignolo, 1991).

Es un análisis especialmente fructífero en estos momentos —no sólo por la crisis del canon desde la perspectiva multiculturalista (Fokkema, 1996; Neri 1999, 393-396)— si se tiene en cuenta la globalización no sólo política o económica, sino sobre todo cultural y estética propiciada por la poderosa influencia de los medios de comunicación (Fokkema, 1996: 245-246). A todo esto debe añadirse el influjo de Internet y de los nuevos modos de producción y recepción literarias que no sólo unifican gustos sino que además permiten aquilatar las características esenciales de la literatura tradicional (Grabovszki, 1999). Y yendo aún más allá, la literatura digital y en red permite avistar un nuevo giro en el destino de la Literatura Comparada tal y como se desprende de las conclusiones de Kathleen L. Komar, presidenta de la ACLA en 2007, quien anuncia no sólo el signo de su investigación sino el nuevo campo abierto para la Literatura Comparada, el análisis de los textos electrónicos desde una perspectiva multimedia además desde la perspectiva de una comunidad no sólo cultural, sino tecnológica (Komar, 2007: xvi).

En este sentido el centro teórico sólo puede estar vivo y, lo principal, sólo puede aportar soluciones y avances si la periferia sigue trabajando, ajena a la discusión teórica en la medida en que tal y como está planteada sólo puede desembocar en una auténtica parálisis (Mitchell, 1996: 322). A veces la solución a este conflicto parece ser una verdadera huida hacia delante como las propuestas que eligen rebasar cualquier ámbito, espacial, tecnológico, formal o teórico sabiendo que tarde o temprano se volverá al conflicto inicial, el de la licitud de la propia disciplina. Un síntoma más de que los tiempos han cambiado o al menos una necesidad así sentida de avance de un centro teórico que se asfixia es la resistencia mantenida hasta

la fecha de enseñar Historia de la Literatura Comparada sobre todo en Estados Unidos (Kushner, 1995: 192) entre otras cosas porque es enseñar la historia de una crisis permanentemente abierta y que no conduce a ninguna parte salvo a replanteamientos radicales que pasan por anunciar siempre la crisis definitiva.

El principal motivo del desaliento –en nuestra opinión– estriba en que de un eje centro-periferia hemos desembocado en otra relación distinta, la dictada por el «poder o no poder» que desee ejercer ese centro. Y en este caso el centro teórico se embosca en la repetición obsesiva de las etapas de una historia que arranca del siglo XIX y que podemos considerar un síntoma no tanto de la búsqueda de respuestas como de mostrar la antigüedad, y equivocadamente, la coherencia de una disciplina que busca legitimidad y que además aspira a ejercer el poder y sancionar la práctica que carece de método.

Lo que hay detrás de este ejercicio de poder o de esta especulación teórica incesante es también una necesidad mucho más material, revelada en los informes de la ACLA pero que se remonta a las acusaciones de Croce o al esmerado diseño programático de Van Tieghem en el caso europeo o a los primeros momentos –década de los cuarenta– de la institucionalización del comparatismo en los Estados Unidos. El lugar institucional de los estudios comparatistas es uno de los objetivos, en nuestra opinión uno de los principales, tras la inacabada e inacabable discusión teórica, que más de una vez parece un ejercicio de autodefensa en lugar de una aconsejable reflexión sobre las conclusiones a las que puede llegarse desde el análisis y comparación de los textos. La obsesión por fijar el método del estudio oculta otra obsesión, la de la licitud de la propia disciplina y su estatus universitario (Fokkema, 1982: 172) amenazado desde el principio por el estudio tradicional de la literatura desde un enfoque puramente filológico y en definitiva nacional (Meltzer, 2009) y después por el así sentido carácter

invasor de la Teoría Literaria y, finalmente, por la extensión amenazante de los Estudios Culturales.

Un factor dependiente de esa invasión sentida, de esa resistencia a fundirse –y confundirse– con los Estudios Culturales es la propia definición del texto (Machor, 1998) y la reformulación urgente de la literariedad, algo que el comparatismo entiende necesario proponiendo varias etapas coincidentes o no en el tiempo que consideran la literariedad como un carácter objetivo del texto, como una convención o como un efecto basado en un Canon (Juvan, 1999).

El texto y desde luego esa reformulación de la literariedad se han convertido en el caballo de batalla entre los «formalistas» –así llamados– frente a los «contextualistas», o en otras palabras, es la discusión entre si debe ser el texto literario el objetivo principal o debe entenderse esta atención como un signo de «textocentrismo» –propio del «eurocentrismo»– frente a una perspectiva más amplia que incardine la literatura en un sistema cultural y social. En un segundo giro, en nuestra opinión, enormemente arriesgado se habla ya de «textualismo» frente a «globalismo» (Ferguson: 2004) como si la atención al texto literario fuera privativa de quienes no se dedican a la literatura comparada, o de quienes no pueden ser llamados comparatistas.

El apelativo de «formalistas» para aquellos que defienden la especificidad del texto no deja de ser interesante, dado que parece que nos encontramos en la misma encrucijada en la que la propia escuela formalista se enfrentó a los modos románticos imperantes, reclamando la especificidad del texto y del estudio literario. En gran parte esta exigencia responde a un fenómeno mucho más amplio, aquel por el cual el lenguaje literario se vio desplazado a principios del siglo XX por el lenguaje de la imagen como la principal forma de conmover y conformar la imaginación humana. Este desplazamiento permitió contemplar la literatura como un sistema diferenciado, autónomo, frente a

su presencia constante y absoluta en la sociedad. Buscar un estudio específico, formal, de la literatura sólo es posible si ésta deja de ser el centro, de ocupar todo el espacio que durante siglos le fue concedido. La Literatura Comparada, un siglo después, tan sensible a definirse y definir lo que compara, registra en primer lugar la evolución lógica de este fenómeno integrándola en el difuso campo del contexto, en definitiva, de los estudios culturales.

Si al principio de este trabajo se mencionaba el impacto que la conferencia de R. Wellek tuvo en Estados Unidos y en general en los estudios comparatistas en la década de los cincuenta, parece que la historia vuelve a repetirse pero esta vez desde supuestos muy distintos. En el encuentro anual de la ACLA en 2001 y en la Universidad de Colorado celebrado bajo el lema «Chronos / Topos» e indagando sobre la «Estética para un Nuevo Milenio» la conferencia plenaria fue dictada por Jonathan Culler, representante autorizado de esa línea formalista que desea encontrar en el texto literario los argumentos necesarios para la comparación frente a la invasión –así sentida– de los Estudios Culturales (Culler, 2001: 10).

En este texto fundamental para el futuro se hallan muchas de las claves que han ido delimitando una línea teórica, volcada en los textos y que en palabras de Culler, no obstante, debe ser fundada de nuevo a partir del estudio de la poesía, con especial atención a los supuestos establecidos por una Poética Comparativa y atendiendo sobre todo a los aspectos que se deriven de la traducción, es el sentido único y último de multiculturalidad si de lenguaje hablamos, sobre todo en poesía, para Culler hay una razón fundamental en esta elección, ya que «the virtue of lyric is that it requires attention to language». (Culler, 2001: 10). Es el camino propuesto para el nuevo milenio aunque adivinado en el anterior o recordando las palabras de Etienne (Marino, 1980: 67): «Nunca me olvido de que la Literatura Comparada es *comparada*, pero frecuentemente

se olvida que la Literatura Comparada es *literatura*».

En gran medida el gran debate abierto en el seno de la Literatura Comparada descubre el fondo más amplio de un debate sobre la naturaleza del texto, sobre lo que entendemos por texto literario y, por otro lado, su profunda evidente relación con el hecho literario. En su deseo legítimo de diferenciarse desde su nacimiento, la Literatura Comparada se ha alejado permanentemente del ámbito que le es más cercano, el de la Teoría Literaria y el del estudio de las literaturas nacionales o Filologías. Desde una perspectiva histórica, el humanismo renacentista se presenta como una Edad de Oro – sin duda– en la que el compromiso profundo con la razón y con la palabra permite atisbar un «espacio de comparación» que comienza y termina en el ser humano. No podemos hablar, en puridad, de una literatura comparada, lógicamente, pero sí de una comunidad literaria y filológica que se apoya en el texto como configurador previo e imprescindible de la cultura. (Fernández, 2005).

La crisis actual puede definirse además como un intento de diferenciarse de unos Estudios Culturales tan poderosos –y en el fondo tan difusos– que pueden acabar absorbiendo la Literatura Comparada. Es el *much more* que queda pendiente, resonando amenazante, en el Informe de Bernheim como el *never more* de Poe. En este deseo de diferenciarse la teoría comparatista parece haberse encerrado en uno de sus antiguos bucles, buscando en su propio seno la solución a sus problemas, algo que sólo lleva al ensimismamiento ya padecido.

Parece necesario entonces un reenfoque del problema o un reenfoque de las distancias y del propio centro con las otras disciplinas afines que se ocupan del texto y del hecho literario (Remak, 1980: 132). El propio Wellek en su influyente *Teoría literaria* (1948) destinaba el capítulo cuarto a la Teoría, Crítica y Historia literarias fijando las tres disciplinas o modos diferenciados de estudio. La propuesta siempre inteligente de

Claudio Guillén en su *The Challenge of Comparative Literature* contempla la Literatura Comparada como una cierta tendencia, o rama de la investigación literaria que se ocupa del estudio sistemático de las relaciones supranacionales (Guillén, 1993: 3).

La comparación tiene entonces sentido si se ordena a un fin de diversa naturaleza de hondura estética como pretendió Etiemble (Marino, 1980: 71) o de naturaleza plenamente teórica (Fokkema, 1982: 153; Kushner 1995: 192-197; Culler, 2001) lejos de la férrea disposición atribuida a la escuela francesa que clasifica los puntos posibles de comparación en géneros, temas o influencias (Brunel, Pichois, Rousseau, 1983: 115-154), pero sin ahondar en una indagación sobre lo que las similitudes o diferencias significan. Aún así es en definitiva la naturaleza literaria de los textos la base sobre la que establecer la comparación, es lo que hace la comparación posible (Culler, 1995: 268-70).

La necesidad de crear o de reformular una Poética comparatista (Marino, 1988: 21) o bien de incluir en el espacio de la Literatura Comparada la Poética, entendida como Teoría del Lenguaje Literario, aunque sólo sea como una metodología más de estudio (Culler, 1995) abre nuevas perspectivas sin duda necesarias; son perspectivas que no se funden en el terreno siempre inestable de metodologías cambiantes sino que exploran nuevos caminos desde el sólido terreno de la Teoría Literaria; son perspectivas que se insertan en una historia filológica mucho más amplia, la que incluye a todos aquellos investigadores que, no necesariamente enmarcados en la Literatura Comparada, hayan partido de la comparación para desarrollar sus estudios (Gnisci, 1999).

Uno de los enfoques más atractivos desde la órbita de la Literatura Comparada, por poner sólo un ejemplo, es el propuesto por Earl Miner, quien cifra este fin en un comparatismo basado no tanto en los textos concretos sino en los rasgos formales sobre los que se sustentan y muy en especial

la clasificación genérica (Miner, 1990: 5). La deuda es antigua y queda reconocida por el propio autor hacia Etiemble o Wellek. La perspectiva asumida por Miner se revela operativa y fructífera en los análisis que contrastan, especialmente, la literatura oriental (china y japonesa) frente a la literatura occidental y parten además de la necesaria «autonomía» de las formas (Miner, 1990: 213). La novedad del estudio de Miner es el de abordar un trabajo intercultural enraizado firmemente en la Teoría del lenguaje literario también desde una perspectiva sistémica pero ubicando el sistema en el interior de la Teoría Literaria (Miner, 1990: 5) o, en otras palabras, buscando un sentido final a la comparación de textos algo que ha inspirado algunos de los mejores trabajos, multiculturales, en la medida en que abordan culturas distintas pero desde la concepción que de la literatura y de su recepción, por ejemplo, muestra el ser humano (Tang, 1997).

Sin duda es también interesante, aunque no parta de intereses en principio comparatistas, un análisis interdiscursivo que subraye el tejido del discurso como el principal objeto de análisis y que desde el texto establezca una relación formal con el hecho literario conectándose a su vez con disciplinas afines, como la Retórica (Albaladejo, 2008). Desde nuestro punto de vista es sin duda fundamental que el análisis de los textos desde categorías más amplias, como la ficcionalidad, permita no tanto comparar textos como la concurrencia de grandes categorías inherentes a la interdiscursividad comunicativa (Albaladejo, 2005). Sólo desde parámetros profundamente enraizados en los textos y desde un abordaje analítico común pueden establecerse muy interesantes perspectivas para poner en relación unos textos con otros.

La mejor manera de centrar en la literatura la indagación comparatista es partir de los supuestos teóricos y genéricos que abordan las obras literarias, entablaríamos así la comparación no desde las obras literarias sino desde los rasgos que las

conforman como garante del éxito que identifica la unidad desde la diversidad (Culler 1979: 106). Incluso podemos contemplar la posibilidad de que la Literatura Comparada se convierta en el «laboratorio principal de cualquier teoría literaria» (Remak, 1980: 136) quizá, y siempre en la medida, en la que consiga definirse a sí misma o sencillamente permitirse existir.

## Referencias bibliográficas

- Albaladejo, Tomás (2008): «Simulación de mundo, intensificación y proyección retórica en el ejemplo XI de 'El Conde Lucanor'», *Dialogía*, 3, pp. 187-212.
- (2005): «Retórica, comunicación, interdiscursividad», en *Revista de investigación lingüística*, 8, 1, pp. 7-34,
- Bassnett, Susan (1993): *Comparative Literature. A Critical Introduction*, Oxford, Blackwell.
- Bernheimer, Charles (1993): *The Bernheimer Report*, en <http://www.umass.edu/complit/aclanet/Bernheim.html>
- (1995): *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*, Baltimore, John Hopkins University Press.
- Brennan, Tim (2000): «The illusion of a future: Orientalism as travelling history», *Critical Inquiry*, 26, 3, pp. 558-583.
- Brunel, P., Pichois, C., Rousseau, A-M. (1983): *Qu'est-ce que la littérature comparée ?*, París, Armand Collin.
- Codde, Philip (2003): «Polysystem Theory Revisited: A New Comparative Introduction», *Poetics Today*, 24, 1, pp. 91-126.
- Croce, Benedetto (1903): «La letteratura comparata», *La Critica*, 1, pp. 77-80, en Vega y Carbonell, eds. (1988), pp. 32-35.
- Culler, Jonathan (1978): «Comparative Literature and Literary Theory», *Michigan Germanic Studies*, 5, 2, pp. 170-184, en Romero López (ed.) (1998), pp. 105-124.

- (1995): «Comparability», *World Literature Today*, 69, 2, pp. 268-70.
- (2001): «Comparing Poetry», *Comparative Literature*, 53, 3, pp. 7-17.
- Damrosch, David (2003): «Comparative Literature?», en *Publications of the Modern Language Association of America (PMLA)*, 118, 2, pp. 326-331.
- Etiemble, René (1963): *Comparaison n'est pas raison. La crise de la littérature comparée*, París, Gallimard.
- (1988): *Ouverture(s) sur un comparatisme planétaire*, París, Christian Bourgois.
- Even-Zohar, Itamar (1990a): «The Literary System», *Poetics Today*, 11, 1, pp. 27-44.
- (1990b): «Laws of Literary Interference», *Poetics Today*, 11, 1, pp. 53-72.
- (1997): «La literatura como bienes y como herramientas», en Villanueva, Monegal y Bou, coords. (1999), pp. 27-36.
- Ferguson, Frances (2004) «Comparing the literature: textualism and globalism», *ELH*, 17, 2, pp. 323-327.
- Fernández, María Amelia (2005): «Actualización del humanismo renacentista para la Literatura Comparada del Siglo XXI», en C. Mata y M. Zugasti, eds., pp. 703-712.
- Fokkema, Douwe (1996): «Comparative Literature and the Problem of Canon Formation», *Canadian Review of Comparative Literature / Revue Canadienne de Littérature Comparée*, XIII, 1, pp. 51-66, en Romero López, ed. (1998), pp. 225-249.
- Gajeri, Elena (1999): «Los estudios sobre mujeres y los estudios de género», en Gnisci, A., ed. (2002), pp. 441-486.
- Gillespie, Gerald (1992): «Rhinoceros, Unicorn, or Cimeria? A Polysystemic View of Possible Kinds of Comparative Literature in the New Century», *The Journal of Intercultural Studies*, 19, pp. 14-21, en Romero López, D., ed. (1998), pp. 173-186.

- Gnisci, Armando (ed.) (1999): *Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, Crítica.
- Guglielmi, Marina (1999): «La traducción literaria», en Gnisci, ed. (2002), pp. 295-345.
- Guifford, James (1999): «Reading Orientalism and the Crisis of Epistemology in the Novels of Lawrence Durrell», *Comparative Literature and Culture: A WWWeb Journal*, 1, 2, en <http://clcwebjournal.lib.purdue.edu/clcweb99-2/gifford99.html>
- Grabovszki, Ernst (1999): «The Impact of Globalization and the New Media on the Notion of World Literature», *Comparative Literature and Culture: A WWWeb Journal*, 1, 3, en <http://clcwebjournal.lib.purdue.edu/clcweb99-3/grabovszki99-3.html>
- Greene, Thomas (1975): *The Greene Report*, en <http://www.umass.edu/complit/aclanet/Green.html>
- Guillén, Claudio (1985): *Entre lo uno y lo diverso: Introducción a la Literatura Comparada*, Barcelona, Crítica.
- (1993): *The Challenge of Comparative Literature*, Cambridge, Harvard University Press.
- (1998): *Múltiples Moradas. Ensayo de Literatura Comparada*, Barcelona, Tusquets.
- Hutcheon, Linda (1995): «Productive Comparative Angst: *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*», *World Literature Today*, 69, 2, pp. 299-303.
- Iglesias, Montserrat (1994): «El sistema literario: teoría empírica y teoría de los polisistemas», en Villanueva, ed. (1994), pp. 309-356.
- (ed.) (1999): *Teoría de los Polisistemas*, Madrid, Arco Libros.
- Jandová, Jarmila y Volek, Emil (eds.) (2000): *Jan Mukarovsky, Signo, función y valor. Estética y Semiótica del Arte de Jan Mukarovsky*, Madrid, Plaza & Janés.
- Juvan, Marko (1999): «On Literariness: From Post-Structuralism to Systems Theory», *Comparative*

- Literature and Culture: A WWWeb Journal, en <http://clcwebjournal.lib.purdue.edu/clcweb00-2/juvan2-00.html>
- Komar, Kathleen. L. (1995): «The State of Comparative Literature. Theory and Practice 1994», en *World Literature Today*, 69, 2, pp. 287-392.
- (2007): «Candide in Cyberspace: Electronic Texts and the Future of Comparative Literature», *Comparative Literature*, 59, 3, vii-xviii.
- Kushner, Eva (1995): «Towards a Typology of Comparative Literature Studies?», Gillespie, E., Lorant, A., Peer W. van, Ibsch, E. eds., *Proceedings of the XIIth Congress of the International Comparative Literature Association*, Tokyo, University of Tokyo Press, v. 3, pp. 502-510, en Romero López, ed. (1998), pp. 187-197.
- Laurette, Pierre (1986): «La littérature comparée et ses fantômes théoriques: Réflexions métathéoriques», *Neohelicon: Acta Comparationis Litterarum Universarum*, 13, 2, pp. 15-44.
- Lawall, Sarah (1988): «René Wellek and Modern Literary Criticism», *Comparative Literature*, 40, 1, pp. 3-24.
- Lefevere, André. (1995): «Introduction: Comparative Literature and Translation», en *Comparative Literature*, 47, 1, pp. 1-9.
- Levin, Harry (1965): *The Levin Report*, en <http://www.umass.edu/complit/aclanet/Levin.html>
- (1972): *Grounds for comparison*, Cambridge, Harvard University Press.
- Machor, James L. (1998): «The object of interpretation and interpretative change», *Modern Language Notes*, 113, 5, pp. 126-150.
- Marino, Adrian (1980): «Repenser la littérature comparée», *Synthesis*, 7, pp 9-38, en Romero López, ed. (1998), pp. 37-85.
- (1982): *Etiemble ou le comparatisme militant*, Gallimard, Paris.

- (1988): *Comparatisme et théorie de la littérature*, PUF, París.
- Mata, C. y Zugasti, M., eds., *Actas del Congreso «El Siglo de Oro en el Nuevo Milenio»*, Pamplona, Eunsa, pp. 703-712.
- Meltzer, Françoise (2009) «What is Wrong with National Literature Departments?», *European Review*, 17, 1, pp. 161-175.
- Mignolo, Walter (1991): «Canons a(nd) cross-cultural boundaries (or, whose canon are we talking about?)», *Poetics Today*, 12, 1, pp. 1-28.
- Miner, Earl (1990): *Comparative Poetics. An Intercultural Essay on Theories of Literature*, Princeton University Press, Princeton New Jersey.
- Mitchell, William J. T. (1996): «Why Comparisons are odious», *World Literature Today*, 70, 2, pp. 321-325.
- Moebius, William (1997): «Lines in the Sand: Comparative Literature and the National Literature Departments», *Comparative Literature*, 49, 3.
- Moog-Grünwald, Maria (1981): «Investigación de las influencias y de la recepción», en Schmeling, M., ed., (1984), pp. 69-100.
- Moll, Nora (1999): «La imagen del Otro. La literatura y los estudios interculturales», en Gnisci, A., ed. (2002), pp. 347-389.
- Morales, Marisol (1999): *Breve introducción a la Literatura Comparada*, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares.
- Mukarovsky, Jan (1936): «Función, norma y valor estéticos como hechos sociales», Praga, F. Borovy en Jandová y Volek, eds. (2000), pp. 127-204.
- Nemesio, Aldo (1999): «The Comparative Method and the Study of Literature», en *Comparative Literature and Culture: A WWWeb Journal*, 1, 1, en <http://clcwebjournal.lib.purdue.edu/clcweb99-1/nemesio99.html>

- Neri, Francesca (1999): «Multiculturalismo, estudios postcoloniales y descolonización», en Gnisci, A., ed. (2002), pp. 391-439.
- Rees, Garnet (1953): «Comparative Literature», en *Modern Language Journal*, 37, 1, pp. 3-9.
- Remak, Henry H. H. (1980): «The Future of Comparative Literature», en Köpeczi, B. y Vajda, G., eds., *Actes du VIII Congrès de L'Association Internationale de Littérature Comparée. Relations entre littératures de diverses cultures du XX siècle*, Stuttgart, Kunst und Wissen-Erich Bieber, v. II, pp. 429-437, en Romero López, ed. (1998): pp. 125-138.
- Romero López, Dolores (ed.) (1998): *Orientaciones en Literatura Comparada*, Madrid, Arco-Libros.
- (1998): «Im/pulsos en Literatura Comparada», en Romero López, ed. (1998), pp. 9-17.
- Ruprecht, H. G. (1986): «Littérature comparée et rationalité théorique», *Neohelicon: Acta Comparationis Litterarum Universarum*, 13, 2, pp. 193-206.
- Saussy, Haun, ed. (2006): *Comparative Literature in an Age of Globalization*, Baltimore, John Hopkins University Press.
- Schmeling, Manfred, ed. (1981): *Teoría y Praxis de la Literatura Comparada*, Madrid, Alfa, 1984.
- (1984): «Introducción: Literatura general y comparada. Aspectos de una metodología comparatista», en Schmeling, ed. (1984), pp. 5-38.
- Spivak, Gayatri Chakravorty (2003): *Death of a discipline*, Columbia University Press.
- Swiggers, Pierre (1982): «Methodological Innovation in the Comparative Study of Literature», *Canadian Review of Comparative Literature*, 9, marzo, 19-26, en Romero López, ed. (1998), pp. 139-148.
- Tang, Yanfang (1997): «Cognition or Affective Experience: Theory and Practice of Reading in Chinese and Western

- Literary Traditions», *Comparative Literature*, 49, 2, pp. 151-175.
- Tötösy, Steven (1995): «Estudios postcoloniales: El Otro, el sistema y una perspectiva personal, o esto (también) es Literatura Comparada», *Canadian Review of Comparative Literature*, septiembre-diciembre, pp. 399-407, en Romero López, ed. (1998), pp. 199-204.
- (1998): *Comparative Literature: Theory, Method, Application*, Amsterdam, Rodopi.
- (1999): «From Comparative Literature Today Toward Comparative Cultural Studies», en *Comparative Literature and Culture: A WWWeb Journal*, 1, 3.
- Van Tieghem, Paul (1931): *La Littérature comparée*, París, Armand Colin, 1951.
- Vega, María José y Neus Carbonell (1998): *La literatura comparada: principios y métodos*, Madrid, Gredos.
- Villanueva, Darío et al., coords. (1999): *Sin fronteras. Ensayos de literatura comparada en Homenaje a Claudio Guillén*, Madrid, Castalia, 1999.
- ed. (1994): *Avances en teoría de la literatura. Estética de la recepción, pragmática, teoría empírica y teoría de los polisistemas*, Santiago de Compostela, Universidad.
- Weisstein, U. (1975): *Einführung in die Vergleichende Literaturwissenschaft*, Barcelona, Planeta.
- Wellek, Rene y Warren Austin (1969<sup>4</sup>): *Theory of Literature*, Madrid, Gredos.
- Wellek, Rene (1958): «The Crisis of Comparative Literature», en *Concepts of Criticism*, New Haven & London, Yale University Press, 282-298, en Vega y Carbonell (1998), pp. 79-88.
- (1988): «Response (Replies to Sarah Lawall's) "René Wellek and Modern Literary Criticism" in the same issue», pp. 3-24), *Comparative Literature*, 40, 1, pp. 25-28.